

LEYENDAS DE SIDOR

Primera leyenda

SAMIRO DE GURNA

Por Milagros Oya



www.librototal.net

I

-¡Lo sabía! ¡Tenía que ser él el asesino!- exclamó Malium apagando súbitamente el visor.

Las personas que se hallaban en la biblioteca, la observaron molestas por haber roto el silencio que era obligado en la sala de visionados. La muchacha levantó los ojos hacia la sala con el fin de disculparse. No tuvo oportunidad. Un hombre joven, de pelo cano y barba gris, larga hasta casi los pies, permanecía erguido ante su escritorio, observándola con detenimiento.

-¿Qué desea?- pregunto Malium en un susurro.

-Me gustaría hacerle unas preguntas- murmuró el hombre entregándole una tarjeta de visita.

La joven la leyó en silencio. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

-¿De verdad que es usted un detective privado? ¡Qué emocionante!

La exclamación fue recibida esta vez con murmullos de desaprobación. La sala se estaba indignando a causa de tanto ruido.

-¡Lo siento!- movió en silencio los labios Malium hacia los lectores.

-Ahora no puedo hablar. Ya ve que cara me ponen.

-Estoy investigando un asesinato.- explicó Samiro de Gurna, el detective de las barbas grises.

-¡Ah!

En esta ocasión Malium pudo acallar el grito a tiempo.

-¡Aguarde un instante!- le suplicó.

La chica abandonó el escritorio a toda prisa perdiéndose entre la multitud de estanterías. No tardó en regresar de la mano de otra muchacha de su misma edad que también trabajaba en la biblioteca, durante el periodo de entremeses, para sacarse unos peckos.

-Ella me sustituirá durante un rato. Podemos salir a tomar una infusión al bar de enfrente- sugirió Malium.

Samiro de Gurna la contemplaba sonriente. Era una joven hermosa de ojos muy oscuros y de pelo negro como la noche. Su tez también era morena. El detective pensó que si no fuera por la fulgurante luz que desprendían sus ojos, en cualquiera de la multitud de callejones oscuros de Sidor, se camuflaría a la perfección.

-¡Vamos!- dijo la chica apresurándose a dejar la sala de lectura.

Malium condujo al hombre precipitadamente hacia la cafetería del otro lado de la calle. Era un pequeño bar acogedor, repleto de asientos alrededor de una barra. La muchacha prefería este lugar algo antiguo, a la cafetería impoluta y moderna de la biblioteca.

Samiro de Gurna y la muchacha se abrieron paso entre la multitud que abarrotaba la calle. No sin ciertas dificultades, alcanzaron la acera de enfrente.

-¡Hola Malium!- exclamó el hombre que atendía la barra- Llegas hoy temprano. ¿Te han despedido ya?- preguntó soltando una sonora carcajada.

Los clientes corearon la risa del dueño.

-¡Traigo a un amigo!- dijo mostrando al detective del pelo gris.- ¿Qué quiere tomar?- le preguntó.

-Lo mismo que usted.

La muchacha solicitó voz en grito, dos infusiones azules con gotas verdes.

-Nos sentaremos al final de la barra- dijo ocupando uno de los taburetes bajos que estaba vacío.

Samiro de Gurna la imitó.

-Deseaba hacerle unas preguntas- repitió.

La muchacha asintió con la cabeza. Ya lo sabía y estaba ansiosa por escucharlas. Llevaba toda la semana leyendo novelas de Domundomun, una autora famosa de novelas de detectives. Siempre descubría al asesino mucho antes de que terminara la novela. Estaba segura que sería de gran ayuda para Samiro de Gurna. Esperaba que este se diese pronto cuenta de ello.

El detective sacó del bolsillo de la camisa un pequeño visor rectangular. Tras pulsar la tecla on, el retrato de un hombre joven apareció en la diminuta pantalla.

-¿Lo conoce?- preguntó.

-¡Por supuesto! Déjeme que piense. Se llama...

-Tokmael, se llamaba- puntualizó el hombre de barba larga.

La muchacha abrió la boca sorprendida.

-¿Quiere decir que...?

Otra vez Samiro de Gurna la interrumpió.

-Ha muerto muy cerca de aquí. Ahí mismo- dijo señalando a través de la cristalera del bar- En el callejón Clamba.

Malium se estremeció. ¡Era increíble! ¡Ella había hablado con él... ¿ayer?!

-¡Asesinado!- exclamó sujetándose el pecho con la mano.

-Eso parece. Por ello me han contratado para que investigue los motivos de la muerte.

-¿Qué pasa con la policía?

Samiro de Gurna se encogió de hombros.

La policía de Sidor estaba demasiado ocupada atendiendo el sin fin de muertes violentas que últimamente atestaban los callejones de la ciudad. Lo último que harían era investigar un caso que aparentemente parecía un fallecimiento por causas naturales.

-Ellos piensan que fue un ataque al corazón. Con esas premisas no investigarán más. El caso quedará abierto durante al menos dos entremeses. Si para entonces no han aparecido indicios de lo contrario, se archivará y Tokmael será incinerado sin más.

-¡Es espantoso! ¿Quiere decir que entre tanto nadie se preocupará de descubrir si ha sido asesinado?

-Ese es mi trabajo. Por eso ser detective en Sidor es una buena ocupación. No se gana mucho pero se trabaja regularmente. Las familias de los fallecidos recurren a mi gremio para salir de dudas con respecto a lo sucedido.

Malium asintió mientras le daba un sorbo a la infusión azul con gotas verdes.

-Es un trabajo el suyo muy emocionante

Samiro sonrió. Debía haber respondido que no lo sabía, puesto que aquel era su primer caso, sin embargo no quería desilusionar a la muchacha. Hacía tiempo que no se encontraba tan bien en compañía de una persona en Sidor. Desde que había llegado a la ciudad, hacía ya un año, no había hecho ni un solo amigo, ni había mantenido una charla agradable con nadie. Su vida solitaria había estado ocupada por su trabajo; día y noche se hallaba embebido en él, sin pensar en otra cosa.

-Está buena la infusión.- dijo tomando una cucharada del brebaje azul- ¡Nunca había probado algo tan rico!

La chica lo contempló boquiabierta. ¿De donde había salido aquel tipo que jamás había tomado una infusión azul? No tardaría en averiguarlo.

-¿Es usted extranjero?- le preguntó a boca jarro.

-Soy del campo- dijo el detective escuetamente.

Malium se percató de que no iba a serle fácil sacarle mucho más. El hombre se acababa de cerrar sobre sí mismo como si fuera un molusco.

-¡Qué misterioso!- pensó la bibliotecaria.

Ser del campo no era motivo suficiente para no haber probado una infusión. Vivir fuera de la ciudad, no significaba estar sumergido en la prehistoria. Sus propios padres habitaban una casita en la carretera Norte, lejos de Sidor y desde niña su madre le preparaba la infusión azul más sabrosa del mundo.

-Recuerde que tenía que hacerle unas preguntas- apuntó el joven de pelo gris.

Aquella muchacha era realmente sorprendente. Era él el que necesitaba interrogarla, a pesar de ello, eran de aquellos labios carnosos y rojos de dónde surgían las preguntas.

-Si no mantengo la guardia alta, antes de terminar la infusión, me habrá sacado hasta el último de mis secretos.

Samiro de Gurna palideció. Sería terrible poner en peligro a una joven tan agradable.

-¿Qué me puede decir sobre Tokmael? ¿Venía con mucha frecuencia a la biblioteca?

Malium no tuvo que pensárselo mucho para responder.

-Casi diariamente como todos los habitantes de la zona. En Sidor, después de cada jornada de trabajo, las gentes suelen acudir a la biblioteca para pasar un rato agradable con los visores.- dijo la chica pensando que un extranjero necesitaba este tipo de explicaciones.

El detective sonrió. Evidentemente estaba al tanto de esa costumbre de la ciudad.

-¿Qué tipo de visores acostumbraba a solicitar?

La respuesta de la joven fue inmediata.

-Muchas veces visores de Domundomun- exclamó sonriente- Lo sé porque son mis preferidos y muchas veces he tenido que esperar a que él terminase para leerlos yo. Estos visores son muy anticuados y no tienen voz. O sea que hay que leerlos en la pantalla como si fueran libros antiguos con hojas. Me parece emocionante y encantador ¿no cree?

Samiro de Gurna no pensaba responder a una sola pregunta más mientras no le sacase cuanto sabía.

-¿Nunca elegía otro tipo de visionado?

-Creo que últimamente había dejado un poco de lado las novelas policiacas. He leído una tras otra sin que tuviese que aguardar por ellas. Así que posiblemente estuviese interesado en otros temas durante la última temporada. Pero no sabría decirlo con seguridad. Tendría que consultar con el ordenador.

-¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Malium cerró los ojos, se mordió el labio inferior intentando concentrarse al máximo.

-Fue anteayer. ¡Estoy segura! Abandonó la biblioteca poco antes de cerrar. Lo acompañaba un anciano. Espere que piense un instante... Sí. Mabol. Eran amigos, charlaban mucho.

Malium se puso en pie de un salto señalando excitada la puerta de la biblioteca.

-¡Ese es el anciano! ¿Quiere que lo llame? ¿Podemos interrogarlo aquí mismo?

El joven se volvió hacia el lugar que señalaba la muchacha. Un anciano bajaba las escaleras del edificio con grandes dificultades. Samiro se preguntó como pretendería llegar a su casa con ese paso vacilante.

-No se preocupe por él. Yo lo interrogaré. Usted puede volver a su trabajo. Me sería de gran utilidad que me proporcionase la lista de los visores que Tokmael solicitó en las últimas semanas.

La chica aceptó encantada.

-Cuando termine mi jornada vendré al bar, podemos reunirnos aquí. ¿Qué le parece?

Samiro asintió en silencio.

-Será mejor que se dé prisa sino perderá a Mabol entre la multitud.

El detective sabía que eso no era probable, a causa de la lentitud de los pasos del anciano. No obstante, se apresuró a despedirse de la chica. Dejó unos peckos en la barra sin preocuparse de la vuelta y salió del bar en dirección al anciano.

Malium más que correr voló. Atravesó la tupida procesión de personas, con la habilidad del viento alcanzando la acera de enfrente mucho antes que el hombre de la barba gris.

Contempló al detective de refilón. Obviamente era extranjero. Las multitudes de Sidor parecían amedrentarlo. Se ajustó el abrigo y observó el cielo sorprendido.

-Jamás ha estado en Sidor durante un entremés- se dijo la chica satisfecha de su poder de deducción.

Ningún sidoreño se molestaba en contemplar el cielo durante el entremés. Todos sabían que allá arriba, la tormenta de arena, viento y frío, se había desatado. Por ello, durante estos periodos, muchas actividades en la ciudad se suspendían. Las máquinas que mantenían la tormenta a raya fuera de la atmósfera de la ciudad, necesitaban gran cantidad de energía y multitud de hombres trabajando. Para muchos era un periodo de vacaciones, para otros el tiempo de mayor ocupación. Así a todo ninguno de ellos miraba en esa época hacia el cielo. Todos sabían lo que iban a descubrir: la negritud

más absoluta. El cielo de Sidor se teñía de un negro azabache, capaz de engullir cualquier atisbo de luz que proviniese de la ciudad.

La expresión de Samiro proclamaba que acababa de descubrirlo.

-¡Pobre extranjero!- murmuró la muchacha al percatarse de que el joven se estremecía.

En aquel momento se prometió a sí misma que no lo abandonaría a su suerte. Estaba segura de que la necesita.

-¿Qué puede descubrir un extranjero solo en Sidor? Ha sido muy afortunado al toparse conmigo- pensó subiendo las escaleras a toda prisa.

II

Samiro de Gurna no pudo evitar tropezar con un buen número de viandantes. Estos lo miraron con cierta rabia, mas siguiendo la costumbre de Sidor, ni siquiera protestaron. Su gesto debía ser advertencia suficiente para el insensato que se dedicaba a empujar a los transeúntes.

El detective sudaba copiosamente cuando alcanzó la acera contraria. Por curioso que le pareciera, advirtió que las aceras estaban menos atestadas que la calzada. Por ellas caminaban las gentes más lentamente. Paseaban viejos, niños y aquellos individuos que no tenían prisa.

Entre la columna de ancianos, Samiro intentó localizar a Mabol.

-¡Menos mal! ¡Allí está!- se dijo secándose la frente con un pañuelo.

¡Aquella ciudad iba a acabar con sus nervios!

Iba a lanzarse a la carrera en su persecución. Las miradas fulgurantes que le dedicaron algunos peatones, le obligaron a desistir. Caminó en dirección al hombre apretando el paso pero sin correr en ningún momento.

-¿Es usted Mabol?- preguntó al alcanzar al anciano.

El hombre observó sorprendido al joven que le hablaba.

-¿Es usted extranjero?

El detective intuyó que acababa de delatarse una vez más. ¿Porqué en esta ocasión?

-No es costumbre abordar a las gentes mientras caminan. Es de muy mal gusto, joven.

-Lo siento pero tengo que hacerle unas preguntas muy importantes. Son sobre Tokmael.

-Tokmael- repitió el anciano- Hoy tampoco ha acudido a la biblioteca.

Mabol se detuvo e empujó al detective dentro de un bar.

-Aquí podremos hablar con más calma. ¿Acaso le ha sucedido algo malo?

Samiro asintió con la cabeza. Siguió en silencio al anciano hasta un nuevo taburete en una nueva barra. Empezaba a comprender porqué en los enormes edificios de Sidor, la planta baja era siempre una infusionería.

Antes de proseguir con el interrogatorio, le entregó su tarjeta de detective.

-Tokmael ha muerto- dijo sin más- Su mujer me ha contratado para que averigüe si realmente la muerte le asaltó en la calle, o fue la maldad de algún hombre la que lo mató.

Mabol perdió el color.

-¿Muerto? ¿Asesinado? ¡No es posible! ¡No tiene sentido!

-¿Usted cree? ¿Le parece más lógico pensar que su corazón sufrió un colapso?

-¡No!- protestó el anciano- ¡Es estúpido pensar en ello! Era un joven robusto y pasaba las revisiones médicas en cada periodo sin dejarse una. ¡No puedo creer que le haya fallado el corazón! No tenía ningún problema coronario.

-¿Parece que lo conocía usted muy bien?

-¡Claro! Eramos amigos, muy buenos. Cada día acudíamos a una infusionería que hay enfrente de la biblioteca, para charlar sobre los libros que visionábamos. Discutíamos sobre sus contenidos. Nos gustaban mucho los antiguos. Esos que no tienen voz y hay que leerlos como los de antes.

Samiro observaba al anciano mientras hablaba. Se notaba que la noticia le había perturbado profundamente. Su compañero, quizás su único amigo, un hombre joven y sano, había muerto repentinamente, lo había dejado solo.

-¡Es terrible!- murmuraba- Tokmael era un gran muchacho. Brillante ¿sabe? Era un hombre despierto e inteligente que no solían pasársele cosas por alto. ¿Entiende lo que quiero decir?

El detective asintió. Quizás su capacidad para fijarse en el detalle era lo que le había llevado a la muerte, aunque era muy pronto para saberlo.

-Su mujer estará destrozada. Y sus pobres hijos. Eran hijos iguales, ¿sabe? Tokmael era un buen ciudadano. Realizó todas las gestiones necesarias para que sus hijos fueran iguales.

Samiro de Gurna arqueó las cejas sorprendido. No tenía ni idea de lo que le estaba hablando el anciano.

-Es usted extranjero ¿verdad?

El joven de la barba larga y gris se maldijo en silencio. Otra vez se delataba. Y todo por no haberse preparado suficientemente para la vida en Sidor. El año que llevaba en la ciudad, lo había perdido en estúpidas averiguaciones, sumergido entre libros que no le habían conducido a nada. En lugar de ello debió haber empleado el tiempo en mezclarse con las gentes y conocer sus costumbres. ¿Cómo sino iba a realizar eficazmente el trabajo de detective?

-¡Soy extranjero!- declaró con rabia.

-No se preocupe, muchacho. Sidor es una metrópoli compleja, llena de pequeños detalles sociales que se transmiten de generación en generación, con el único fin de conseguir que una ciudad tan populosa como esta, sea habitable en buenas condiciones. Existe una directriz de hace muchos años que aconseja a las familias traer niños pares,

gemelos, me refiero. Solo de este modo se puede acceder a la ayuda económica de las arcas de Sidor.

Desde luego Samiro seguía sin comprender.

-Es bueno para todos. Ahorra gastos sanitarios. Ya sabe, eso de los A.D.N iguales y esas cosas. Así si uno está enfermo y necesita un trasplante o sangre, se obtiene con facilidad. Ya me entiende- dijo el anciano satisfecho de explicarle a un extranjero la gran capacidad de la ciencia en Sidor.

El joven se atusó la larga barba sorprendido por tan extrañas costumbres. De todas formas no era el momento de iniciarse en los extravagantes usos sidoreños. Necesitaba información sobre el difunto.

-Así que Tokmael era un ciudadano modelo- dijo para retomar el tema.

-¡Por supuesto! Llevaba una vida ordenada y feliz. Vivía en un 221 piso, amigo mío y eso no se puede conseguir sino se es un sidoreño ejemplar. Y él lo era, vaya si lo era. Caminaba a mi lado en silencio, cogido de mi brazo para ayudarme a avanzar. Era mi apoyo. Era un buen muchacho.

Mabol se secó una lágrima que se le deslizaba por el rostro arrugado.

-¿Entonces no cree usted que tuviese enemigos?

-¡Ninguno! ¡Era un joven bueno! ¿Porqué iba a tener enemigos?- protestó enérgicamente el anciano.

-Comprenda que si no ha muerto por causas naturales, alguien lo ha asesinado. Ya he tramitado el permiso para la autopsia. Mañana, lo más tardar, sabré exactamente el motivo de su muerte. Y en el caso que no fuese una muerte repentina, alguien tiene que haberlo sacado del medio. ¿Porqué? Usted lo conocía bien. Quizás si lo piensa mejor, pueda encontrar una respuesta.

Mabol guardó silencio. El dueño del bar le había servido un sonel muy cargado. Olía muy fuerte, parecía una bebida alcohólica. Samiro de Gurna prefirió pedir una infusión azul con gotas, eso que el camarero murmuró que eso era un brebaje de mujeres.

El viejo le dio un largo trago a su copa. Los ojos se le encendieron. Brillaban no solo por las lágrimas sino por el efecto del alcohol.

-No puede ser- murmuró- Es una locura.

El detective no lo interrumpió. Se percató de que su mente había volado hasta algún detalle que le parecía importante. El anciano se resistía a tomarlo en serio pero la expresión de su rostro denotaba... ¿sorpresa? ¿miedo? ¿pánico?

-Leíamos juntos- farfullaba para sí.- La Gran Roca- susurró en un tono todavía más bajo.

No obstante, Samiro de Gurna lo escuchó con toda claridad. Su rostro perdió el color. ¿Sería posible que después de todo la casualidad lo hubiese conducido a un caso que tenía que ver con su misión? El corazón le había brincado en el pecho, al escuchar aquellas palabras, sin embargo no percibía ninguna sensación extraña, ni de peligro ni de angustia. Quizás estuviese equivocado.

-¿Qué es lo que ha dicho?- le preguntó al anciano.

-¡Nada!- dijo el hombre abandonando de un salto el asiento- No sé nada de todo esto. Déjeme en paz.

-¡Espere! ¡Aún no he terminado!

El joven interceptó al anciano antes de que abandonase el bar.

-Tiene que decirme que hicieron la última vez que se vieron. ¡por favor!

-No hicimos nada. Fuimos al bar charlamos y después cada uno marchó en dirección a su casa. Él se fue por ahí- dijo Mabol señalando en dirección a la biblioteca.- Yo vivo hacia el otro lado. Así que un poco más abajo nos separamos. No sé nada más.

Samiro de Gurna observó la dirección que el viejo había indicado. Allí estaba el callejón de Clamba. Tokmael había quedado en él para siempre, jamás alcanzó su edificio.

-Dígame de que hablaron esa tarde. Dígame si lo encontraba nervioso o dijo algo fuera de lo normal- inquiría el joven de las barbas grises asiendo al anciano del brazo.

-¡Nada! ¡No hablamos de nada! ¿Entiende? ¡Nada!

Los gritos del viejo sorprendieron al detective. Samiro lo soltó. Como una exhalación Mabol abandonó el bar. No cabía duda. El pánico le había dado alas a sus cansados pies.

Samiro de Gurna suspiró. No se estaba luciendo en su primer caso. No había sacado nada en limpio con el interrogatorio. Es más, se hallaba confuso y desorientado. El viejo estaba asustado, eso era un hecho pero no tenía que estarlo por lo que él pensaba. Era ridículo que la muerte de Tokmael tuviese algo que ver con su misión. Se estaba dejando arrastrar por sus propios problemas.

-Seguramente ni siquiera dijo la “Gran piedra” posiblemente haya sido un error producto de mi imaginación. Si no me concentro no seré de gran ayuda para la familia.

Samiro no podía olvidar que la mujer de Tokmael, la joven Lota, había recurrido a él en busca de ayuda. No podía defraudarla. Debía descubrir la verdad.

Decidido a ello se dispuso a abandonar el bar.

-¡Eh, amigo! ¡El de las barbas largas! ¿No se marchará sin pagar? Son 47 peckos- gritó el dueño de la infusería.

-¡Caray!- exclamó- Obviamente el sonel era una bebida cara.

Ya sabía algo más sobre la vida en Sidor. Beber costaba una fortuna

El detective no tuvo más remedio que abonar la cuenta. Contempló apenado su cartera. Si seguía así, no tardaría en tener que pedir más dinero.

Salió a la calle. En esta oportunidad ni se fijó en el cielo. Ni siquiera sintió ya el frío seco del entremés. Hábilmente se incorporó al torrente de personas que se deslizaban apresuradas por la calzada.

-Volveré al bar a esperar a la joven bibliotecaria. Tanta infusería me va a arruinar- se dijo.

III

Malium tecleaba como una loca consultando la ficha de Tokmael. No tardó en encontrar lo que necesitaba. Lo copió rápidamente en un disco de visionado y lo introdujo en su visor.

Lo repasó apretando la tecla de avance. Allí estaba todo, hasta una foto del rostro amable del pobre Tokmael.

-¡Pobre tipo!- pensó la muchacha- Es terrible una muerte así, en un oscuro y asqueroso callejón de Sidor, rodeado de ratas, cubos de basura y gente rara.

La joven se estremeció. Realmente era todo muy extraño. ¿Qué diablos se le había perdido a un hombre de aspecto tan bonachón en un callejón. Ninguna persona decente se sumergía en uno, si no era para dejar en la entrada el cubo de la basura.

Malium repasó con interés los datos del visor. Tokmael era un buen ciudadano. Estaba casado con Lota. Tenían dos hijos iguales y ambos trabajaban en el invernadero 241. Tokmael era un C3, o trabajador de cristal, es decir un operario que se ocupaba de las plantas bajo la cúpula del invernadero. Lota por el contrario, era una S 4, su tarea se llevaba a cabo en los pabellones subterráneos, convirtiendo los productos vegetales en comprimidos o pasta comestible. No había ninguna nota especial en el apartado de observaciones. La calificación de la familia era más que optima. ¡Vivían en el piso 221 de su edificio! ¡Muy arriba! Eso significaba que eran muy apreciados en la comunidad, de otro modo, pasado el plazo correspondiente, nadie los hubiese votado para ascender de planta.

-Buena gente- murmuró la chica.

A él le gustaban mucho las novelas. Las prefería a las películas. Incluso le gustaban las antiguas de esas que había que leer.

-Domundomun- leyó la chica- ¡Cómo yo decía! Las visionó casi todas.

Maliun advirtió que últimamente había preferido otro tipo de diversiones. Hacía por lo menos una semana que no leía novelas de detectives.

-La Gran Roca- leyó- ¿Qué rayos será esto?

La muchacha no recordaba este título. Consultó el ordenador y supo en que estantería se guardaba el disco. No tardó mucho en tenerlo encendido en su visor.

-¿Qué rollo es este?

Se trataba de un libro muy antiguo, desde luego sin voz. Las letras se sucedían en la pantalla y curiosamente parecían manuscritas.

-¡Qué barbaridad! No sabía que tuviésemos libros tan antiguos- se dijo.

Era extraordinario que alguien en tiempos remotos, se hubiese dedicado a escribir un libro a mano. Parecía cosa de locos.

La chica se concentró en la lectura pero no sacó nada en limpio.

-Debe de tratar de alguna leyenda o un cuento para niños de hace un millar de años.

Maliun no lo encontró muy interesante. Hablaba de unos monjes que vivían encerrados en un lugar que llamaban monasterio. Jamás salían de él y se pasaban el día realizando extraños ritos y leyendo un libro misterioso que era de piedra.

-Un cuento de niños. No cabe duda.

El lenguaje era infantil y comenzaba con una frase que ella sabía que era la forma habitual de las antiguas narraciones: “Érase una vez un tiempo oscuro y un peligro escondido”

-Quizás Tokmael tomase notas de relatos infantiles para contárselos a sus hijos iguales.- fue lo único que se le ocurrió.

La campana de la sala anunció el fin de su jornada laboral. Todos los lectores abandonaron sus sillas en silencio. Depositaron los discos en su lugar y lentamente dejaron la biblioteca.

Malium recogió su bolso y su abrigo de lino gris. Esperó a que la chica del turno siguiente llegase.

-¡Hola! ¿Qué tal el día?- dijo una muchacha sonriente con claro aspecto de acabarse de levantar de la cama.

-No ha estado mal- contestó Malium segura de que estaba siendo uno de los más excitantes de su vida.

-Hoy me he retrasado un poco, lo siento. Tenía mucho sueño.

-No te preocupes, los lectores de tu turno aun tardarán en llegar. Durante el entremés suelen ser muy escasos.

La muchacha sonrió ocupando el lugar que le dejaba su compañera.

La bibliotecaria había estado durante varios entremeses en el turno de vuelta, así se llamaba al que ahora comenzaba. Por eso recordaba a Lota, la mujer de Tokmael. Trabajaba en horas distintas a las de su marido, era esta la causa por la que no solían coincidir en la biblioteca. Malium prefería el turno de vuelta al de ida, puesto que durante los entremeses había gente que realizaba jornadas laborales intensivas; como terminaban demasiado cansadas no acudían a la biblioteca al salir del trabajo como era costumbre en Sidor. Se estaba mejor sin tanto ajeteo. Sin embargo en aquella ocasión, como había estado muy ocupada con los exámenes de la facultad de Ondas Lagio, se retrasó a la hora de solicitar el puesto en la biblioteca. Aquella joven de pelo rojizo se le había adelantado.

-Después de todo gracias a eso he conocido a un detective de verdad.

La imagen de Samiro de Gurna acudió a su mente. Debía apresurarse, seguro que la aguardaba en el bar de enfrente.

Se despidió de su compañera precipitándose escaleras abajo.

-Es guapo- se dijo.

Guapo y misterioso, una combinación explosiva. Se moría de ganas de verlo de nuevo.

-Casi es como una cita- pensó divertida.- El detective y la bibliotecaria, un título genial para una novela de misterio, o quizás romántica- murmuró con una sonrisa picarona en los labios.

IV

Samiro de Gurna hubiese preferido probar una copa de sonel. En vista de su precio desorbitado y de la rapidez con la que menguaba el volumen de su cartera, decidió contentarse con la bebida “femenina”.

-Una infusión azul con gotas- solicitó al sentarse en la barra.

El bar se hallaba ahora atestado. La mayoría de las personas permanecían en pie charlando y riendo. El detective los observaba atónito. La misma gente que ahora se presentaba bulliciosa y divertida, un segundo antes, mezclados en el interminable flujo de peatones, mostraban un rostro serio, una clara tendencia a la circunspección y desde luego jamás decían ni una sola palabra. Pero al entrar en la infusería su comportamiento cambiaba por completo.

-¡Qué gentes más extrañas!- se dijo el joven de la larga barba gris.

-¡Hola!- gritó una voz desde la puerta.

Samiro reconoció inmediatamente a su nueva amiga, por el momento, su única amiga en Sidor.

-He tardado un poco porque la chica del turno de vuelta se retrasó.

-¿El turno de vuelta?

-¿De verdad que no sabes lo que es? ¿Pero en que cueva has estado oculto?

El joven se ruborizó hasta la barba. Una y otra vez se empeñaba en meter la pata y poner en evidencia su procedencia lejana.

La muchacha advirtió su apuro y pensó que no era buen momento para indagar.

-Sin embargo no te escaparás. No tardaré en saberlo todo sobre ti- se retó en silencio.

Sin más preguntas, le explicó que el turno de ida, era, como su nombre indica, el que empieza después del de vuelta. Como los ojos grises de Samiro parecían atontados, la muchacha se vio en la obligación de ser algo más clara.

-Un día, amigo ignorante, se compone de 26 horas, compuestas de dos turnos. El primero es el de ida, que consta de ocho horas de trabajo y cinco de asueto. Durante parte de esas cinco Tokmael acudía a la biblioteca, posiblemente frecuentase algún bar o pasease los días que le tocaba con sus hijos. Después se iría a la cama para dormir las ocho horas correspondientes al turno de vuelta. Es el que comienza ahora y es en el que trabaja su mujer Lota. Después se despertaría y disfrutaría de las restantes cinco horas de asueto. Total: ¡26 horas!

-Conozco a Lota, ella me contrató- dijo el detective.

-Yo también. Es muy bella. Cuando he estado en el turno de vuelta la veía frecuentemente en la biblioteca. ¿Lo has entendido?- preguntó la chica retomando el tema horario de Sidor.

Samiro no se atrevía a negarlo.

-Es duro vivir así. Las parejas nunca estarán juntas.

-¡Ja! ¡Qué tontería! ¡Claro que sí! ¡Es perfecto! Las horas de asueto coinciden en ambos turnos. No siendo el ratito que cada sidoreño guarda para si en la biblioteca, el resto puede pasarlo, si quiere, pegado a su familia. Además están los días no laborables. Entonces cada uno hace lo que le viene en gana y duerme cuando le parece bien.

-¿Y los niños?- preguntó el extranjero muy interesado.

-Es normal que los niños alternen ambos turnos, es un buen modo de prepararlos para cuando se conviertan en adultos y tengan que trabajar.

-Es complicado.- murmuró el joven de pelo gris.

-Ni mucho menos. Resolver el misterio de la muerte de Tokmael, eso si que va a ser difícil. Aquí tienes los libros que vionaba.- le dijo entregándole el disco.

Samiro de Gurna no tenía visor. Malium le prestó el suyo.

-Lo único curioso es el libro de la Gran Roca. Un manuscrito ¿Te imaginas? ¡Estás escrito a mano!

El visor que sostenía el joven en las manos, se estrelló contra el suelo.

-¿Qué haces? ¿Te encuentras bien?

El rostro del hombre de las barbas largas había perdido por completo el color.

-La gran Piedra- murmuró.

¡Tenía que tratarse de la Gran Piedra! Después de todo no se había equivocado. Tokmael estaba interesado en ese libro. ¡Era increíble! ¡No podía ser solo una coincidencia!

-Oye, me estás asuntando- dijo Malium- Tienes muy mala cara. ¿Quieres que vayamos a un hospital? ¿No tendrás nada contagioso?

Samiro negó con la cabeza. Dio un sorbo a la infusión azul y respiró hondo.

-Ya me encuentro mejor.

-¿Ha sido por el libro ese?- preguntó la chica.

Era lista, muy lista, quizás demasiado si quería que su secreto permaneciese oculto. De todos modos se había percatado de que necesitaba una aliada para moverse con soltura por Sidor. Era una ciudad extraña para él. No conseguiría nada sin ayuda.

-Creo que debo hablar de nuevo con Lota. Ella me ha buscado. Sería interesante saber porqué a mí.

-Sí, en eso tienes razón- dijo la chica sorprendida de que alguien se fiase de un extranjero ignorante.

-¿Me ayudarás?

Malium no se podía creer lo que estaba escuchando. Un detective de pelo cano y barba gris, con unos ojos del mismo color, grandes como farolas, la miraba fijamente y imploraba su ayuda.

-Es como un sueño- se dijo- Seré la compañera de este joven apuesto y valiente. Lástima que no sea un poco más listo. Bueno, para la inteligencia estoy yo.

La chica sonrió intentando ocultar sus pensamientos.

-¡Acepto encantada! ¡Seré una detective de primera ¡ En un par de días habremos solucionado el misterio!

PARA ADQUIRIR EL RESTO DE LA OBRA

www.librototal.net

LEYENDAS DE SIDOR

Primera leyenda

SAMIRO DE GURNA

Por Milagros Oya



www.librototal.net